



# LA AGONIA DEL LIBERALISMO

*Immanuel WALLERSTEIN*

**L**a primera gran expresión política de la Ilustración en todas sus ambigüedades, fue sin duda la Revolución Francesa. A dónde fue a parar esta revolución es una cuestión que se volvió, en sí misma, una de las grandes ambigüedades de nuestra era. El bicentenario en Francia en 1989 fue la ocasión de un importante esfuerzo para sustituir, por una nueva interpretación de este gran acontecimiento, la «interpretación social», mucho tiempo dominante y considerada ahora fuera de moda.

La Revolución Francesa fue el punto final de un largo proceso, no sólo en Francia, sino también en toda la economía-mundo capitalista como sistema histórico. De ahí que en 1789, buena parte del globo ya se encontrase inserta en este sistema histórico desde hacía tres siglos, en los que la mayoría de sus instituciones clave habían sido establecidas y consolidadas: la crucial división del trabajo, con una transferencia significativa de plusvalía de zonas periféricas a zonas centrales; el primado de la recompensa para aquellos que operaban en el interés de una interminable acumulación del capital; el sistema interestatal compuesto por los llamados estados soberanos, los cuales, sin embargo, estaban vinculados por la estructura y por las «reglas» de este sistema interestatal; y la creciente polarización de este sistema mundial, no sólo en el plano econó-

mico, sino también en el social, y que estaba a punto de volverse también demográfica.

Sin embargo lo que aún le faltaba a ese sistema mundial, era una geocultura que lo legitimase. Las doctrinas básicas estaban siendo forjadas por los teóricos de la Ilustración en el siglo XVIII (y aún antes), pero serían socialmente institucionalizadas (sólo) con la Revolución Francesa. Así, pues, lo que hizo la Revolución Francesa fue desencadenar el apoyo público e incluso el clamor por la aceptación de dos nuevas visiones mundiales: el cambio político entendido como algo normal y no excepcional, y la soberanía atribuida al «pueblo» y no a un soberano. En 1815, Napoleón, heredero y protagonista mundial de la Revolución Francesa, fue vencido, y sobrevino entonces una supuesta «restauración» en Francia y en todos los lugares donde los *anciens régimes* habían sido derrocados. Pero la restauración no pudo ni podría deshacer la vasta aceptación de esas visiones mundiales y, a fin de afrontar la nueva situación, fue creada la trinidad de las ideologías del siglo XIX —el conservadurismo, el liberalismo y el socialismo—, que aportaron el lenguaje los debates políticos en el seno de la economía mundial capitalista.

De las tres ideologías, en cualquier caso fue el liberalismo la que acabó triunfando, y tan pronto como en la que puede ser entendida como la primera revolución mundial de ese sistema, la Revolución de 1848. Ello se debe a que el liberalismo fue el más capaz de aportar una geocultura viable para la economía-mundo capitalista, legitimando las otras instituciones tanto a los ojos de las élites del sistema como, y en grado significativo, a los ojos de la mayoría de la población, las llamadas personas corrientes.

Una vez que el pueblo pudo entender que el cambio político era normal y que él, por principio, era el soberano, es decir, el autor del cambio político, todo lo demás fue posible. Y éste, claro, fue precisamente el problema enfrentado por los poderosos y privilegiados en el seno de la estructura de la economía-mundo capitalista. El foco inmediato de sus temores fue en buena parte el pequeño pero creciente grupo de trabajadores industriales urbanos. Pero, como demostrara ampliamente la Revolución Francesa, los trabajadores rurales podrían ser también bastante problemáticos o temibles, desde la perspectiva de los poderosos y privilegiados. ¿Cómo se les impediría a esas «clases peligrosas» que se tomaran esas normas demasiado en serio y, con ello, que estorbasen el proceso de acumulación del capital, solapando las estructuras básicas del sistema? Este fue el dilema político que se presentó de forma aguda a las clases gobernantes en la primera mitad del siglo XIX.

Una respuesta obvia era la represión. Y la represión fue ampliamente utilizada. La lección de la Revolución de 1848, no obstante, fue que la simple represión no era, en el fondo, muy eficaz, pues provocó a las clases peligrosas, irritándolas más que calmándolas. Se advirtió que la represión, para que fuese efectiva, debería combinarse con ciertas concesiones. Por otro lado, los supuestos revolucionarios de la primera mitad del siglo XIX aprendieron también una lección: los levantamientos espontáneos tampoco eran muy eficaces, dado que

podían ser controlados con razonable facilidad. Las amenazas de insurrecciones populares, si es que debían acelerar un cambio significativo, necesitaban combinarse con la organización política consciente y de larga duración.

El liberalismo se ofreció como la solución inmediata a las dificultades políticas de ambas, derecha e izquierda. A la derecha, le recomendó concesiones; a la izquierda, organización política. A ambas les recomendó paciencia: a largo plazo todos ganarían si tomaban una vía intermedia. El liberalismo fue el centrismo encarnado y su oferta era atractiva, sobre todo porque no recomendaba un mero centrismo pasivo, sino una estrategia activa. Los liberales depositaron su fe en una premisa clave del pensamiento ilustrado: que la acción y el pensamiento racionales constituían el camino hacia la salvación, es decir, hacia el progreso. Los hombres (la inclusión de las mujeres raramente surgía como problema) eran naturalmente racionales, potencialmente racionales y, en el fondo, racionales.

Se concluía que el «cambio político normal» debería seguir la senda indicada por los más racionales —es decir, los más educados, más capacitados y, en consecuencia, los más sabios. Estos hombres podrían indicar mejor el camino a seguir, es decir, podrían indicar cuáles eran las reformas necesarias que debían realizarse y promulgarse. El reformismo racional fue el concepto organizador del liberalismo y dictó, por tanto, la posición aparentemente contradictoria de los liberales con respecto a la relación entre el individuo y el Estado. Los liberales podían argumentar simultáneamente que el individuo no debía ser obligado por los mandatos (colectivos) del Estado y que la acción del Estado era necesaria para minimizar las injusticias contra el individuo. Podían, pues, ser simultáneamente favorables al *laissez-faire* y a las leyes de regulación del trabajo, pues lo que importaba a los liberales no era el *laissez-faire* ni las leyes en sí, sino el progreso deliberado y estable hacia una sociedad justa, que sería alcanzada más fácilmente, y tal vez solamente, por medio del reformismo racional.

Esa doctrina del reformismo racional se demostró extraordinariamente atractiva en la práctica, pareciendo responder a las necesidades de todos. Al sector conservador éste le pareció el camino para calmar los instintos revolucionarios. Algunos derechos de sufragio aquí, unas pocas provisiones del Estado del bienestar allí, sumados a una unificación de las clases bajo una identidad nacionalista común, todo ello derivó, a finales del siglo XIX, en una fórmula que apaciguó a las clases trabajadoras, mientras que mantenía los elementos esenciales del sistema capitalista. Los poderosos y privilegiados no perdieron nada de su importancia fundamental y pudieron dormir más tranquilos (con menos revolucionarios bajo sus ventanas).

Al ala radical, por otro lado, el reformismo racional pareció ofrecer un refugio a medio camino, proporcionando en el presente algunos cambios fundamentales sin eliminar nunca la esperanza y las expectativas de cambios fundamentales futuros. Esa doctrina favoreció en algún aspecto a esos hombres, sobre todo, durante su vida. Y ellos, entonces, pudieron dormir más tranquilos (con menos policías bajo sus ventanas).

No pretendo subestimar ciento cincuenta años de luchas políticas continuas —algunas de ellas violentas, muchas de ellas apasionadas, la mayoría de ellas consecuentes y casi todas serias. Pero pretendo, no obstante, colocar esas luchas en perspectiva. Al fin y al cabo, se luchó dentro de reglas establecidas por la ideología liberal. Y cuando surgió un importante grupo que rechazaba fundamentalmente esas reglas, los fascistas, fue vencido y eliminado. Con dificultad, sin duda, pero fue vencido.

Algo más debe decirse sobre el liberalismo. Afirmamos que no era esencialmente antiestatista, debido a que su prioridad real era el reformismo racional. Pero si no antiestatista, el liberalismo fue esencialmente antidemocrático. El liberalismo fue siempre una doctrina aristocrática; pregonó el «imperio de los mejores». Es verdad que los liberales no definieron a los «mejores» principalmente según la condición de nacimiento, sino sobre todo según el nivel educacional. Los mejores no eran, de ese modo, la nobleza, sino los beneficiarios de la meritocracia. Pero eran, con todo, un grupo minoritario. Los liberales pretendían el gobierno de los mejores, es decir, la aristocracia, precisamente para no tener el gobierno de todos, es decir, la democracia. Esta era el objetivo de los radicales y no de los liberales o, por lo menos, de los verdaderamente radicales y contrarios al sistema. Fue para evitar que este grupo predominase que el liberalismo se ofreció como una ideología. Y cuando se dirigían a los conservadores, resistentes a las reformas propuestas, los liberales sostenían siempre que sólo el reformismo racional pondría trabas al advenimiento de la democracia, un argumento que finalmente sería aceptado por todos los conservadores inteligentes.

Por fin, debemos destacar una diferencia significativa entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. En la segunda mitad del siglo XIX, los principales protagonistas de las llamadas clases peligrosas eran aún las clases trabajadoras urbanas de Europa y de América del Norte. La agenda liberal funcionó espléndidamente con esas clases, pues a ellas se les ofreció sufragio universal (masculino), las bases de un Estado del bienestar, una identidad nacional. Pero, ¿identidad nacional contra quién? Contrá sus vecinos, por cierto, pero principal y profundamente contra el mundo no blanco. El imperialismo y el racismo eran parte del paquete ofrecido por los liberales a las clases trabajadoras europeas y norteamericanas bajo la apariencia del «reformismo racional».

Mientras eso ocurría, las «clases peligrosas» del mundo no europeo se agitaban políticamente —de México a Afganistán, de Egipto a China, de Persia a India. La victoria de Japón sobre Rusia en 1905 fue considerada, en toda esta región, como el comienzo de la retracción de la expansión europea, y esto fue una fuerte señal de aviso para los liberales, que eran sobre todo europeos y norteamericanos, de que ahora el «cambio político normal» y la «soberanía» eran demandas de los pueblos de todo el mundo y no sólo de las clases trabajadoras europeas.

Así, los liberales volcaron su atención en la extensión del concepto de reformismo racional al sistema mundial como un todo. Fue ése el mensaje de Woodrow Wilson y su insistencia en la «autodeterminación de las naciones», el equi-

valente global del sufragio universal. Fue ése el mensaje de Franklin Roosevelt, y las «cuatro libertades» proclamadas como un objetivo de guerra durante la Segunda Guerra Mundial, y que serían más tarde traducidas por el presidente Truman en el «Punto Cuatro», el inicio del proyecto después de 1945 de «desarrollo económico de los países subdesarrollados», una doctrina que fue el equivalente global del Estado del bienestar.

Pero los objetivos del liberalismo y los de la democracia estaban nuevamente en conflicto. En el siglo XIX, el proclamado universalismo del liberalismo se había vuelto compatible con el racismo mediante la externalización de los objetos del racismo más allá de las fronteras de la nación, mientras que «se internalizaba» de hecho a los beneficiarios de los ideales universales, el conjunto de ciudadanos. La cuestión era si el liberalismo global del siglo XX lograría contener a las «clases peligrosas» localizadas en lo que comenzó a llamarse Tercer Mundo, o Sur, tanto como lo hiciera el liberalismo nacional en Europa y América del Norte en el control de sus «clases peligrosas» nacionales. El problema, claro, era que, en un nivel mundial, no había lugar para la «externalización» del racismo. Comenzaban a mostrarse, entonces, las contradicciones del liberalismo.

### Triunfo y desastre

En 1945 eso estaba aún lejos de ser evidente. La victoria de los aliados sobre el Eje pareció ser el triunfo del liberalismo global (en alianza con la URSS) sobre la amenaza fascista. El hecho de que el último acto de la guerra fuera el lanzamiento de dos bombas atómicas por Estados Unidos sobre el único poder no blanco del Eje, Japón, fue poco discutido en Estados Unidos (o incluso en Europa), lo que tal vez refleje algunas de las contradicciones del liberalismo. La reacción, sobra decirlo, no fue la misma en Japón. Pero Japón perdió la guerra, y su voz no fue tomada en serio en aquel momento.

Estados Unidos era seguramente, entonces, la fuerza económica más poderosa de la economía-mundo y, con la bomba atómica, la principal fuerza militar, a pesar del volumen de las fuerzas armadas soviéticas. Con ello, serían capaces de organizar políticamente el sistema mundial en un plazo de cinco años por medio de un programa de cuatro etapas: 1) un acuerdo con la URSS, garantizándole el control sobre una parte del mundo a cambio de permanecer en su sitio (no retóricamente, claro, sino en términos de una política real); 2) un sistema de alianzas tanto con Europa Occidental como con Japón y que servía a objetivos económicos, políticos y retóricos, así como a objetivos militares; 3) un programa modulado y moderado para alcanzar la «descolonización» de los imperios coloniales; 4) un programa de integración interna en Estados Unidos, ampliando las categorías de «ciudadanía» real, completado por una ideología anticomunista unificatoria.

Ese programa funcionó bastante bien durante veinticinco años, es decir, precisamente hasta 1968. ¿Cómo debemos, entonces, valorar estos años extraordi-

narios, entre 1945 y 1968? ¿Fueron un periodo de progreso y triunfo de los valores liberales? En gran medida, la respuesta debe ser sí, pero también en gran medida, no. El indicador más obvio de «progreso» fue material. La expansión de la economía mundial fue extraordinaria, la mayor en la historia del sistema capitalista, y pareció producirse en todas partes: Este, Oeste, Norte y Sur. Pero sin duda hubo un mayor beneficio para el Norte que para el Sur, y las diferencias (absolutas y relativas) crecieron en la mayoría de los casos. Una vez hubo, con todo, crecimiento real y alta tasa de empleo en la mayor parte de los lugares, la era tuvo aspecto color de rosa. Ese fue aún mayor debido al aumento considerable de los gastos en bienestar que acompañaron tal crecimiento, como ya he dicho, principalmente, de los gastos en salud y educación.

En segundo lugar, hubo nuevamente paz en Europa. Paz en Europa pero no, claro, en Asia, donde se entablaron dos largas y fatigosas guerras: en Corea y en Indochina. Y tampoco en muchas otras partes del mundo no europeo. Los conflictos en Corea y en Vietnam no fueron, sin embargo, iguales. El conflicto coreano debe ser comparado más bien con el bloqueo de Berlín: ambos se produjeron casi de manera simultánea. Alemania y Corea fueron las dos grandes divisiones de 1945. Cada país fue dividido entre las esferas político-militares de Estados Unidos, por un lado, y de la URSS, por el otro. En el espíritu de Yalta, las líneas de división deberían permanecer intactas, cualesquiera fuesen los sentimientos nacionalistas de alemanes y coreanos.

En 1949-52 se comprobó la firmeza de esas líneas y, después de mucha tensión (y en el caso de Corea, de enormes pérdidas de vidas), el resultado fue el mantenimiento aproximado de las fronteras establecidas. Así, el bloqueo de Berlín y la guerra concluyeron el proceso de institucionalización de Yalta. El segundo resultado de estos dos conflictos fue la integración social de cada campo, institucionalizada por el establecimiento de fuertes sistemas de alianza: la OTAN y el Pacto de Defensa de Estados Unidos-Japón por un lado, y el Pacto de Varsovia y los acuerdos soviético-chinos por el otro. Además de eso, los dos conflictos sirvieron como un estímulo directo hacia una mayor expansión de la economía mundial, alimentada fuertemente por los gastos militares. La recuperación europea y el crecimiento japonés fueron los principales beneficiarios inmediatos de esa expansión.

La guerra de Vietnam fue de un tipo bastante distinto de la de Corea. La primera fue el *locus* emblemático (pero sin duda no el único) de la lucha de los movimientos de liberación nacional en todo el mundo no europeo. Mientras la guerra coreana y el bloqueo de Berlín fueron parte integrante del régimen mundial de la guerra fría, la lucha vietnamita (así como la argelina y muchas otras) fue una protesta contra las restricciones y la estructura de ese régimen. Ella fue, así, en un sentido elemental e inmediato, un producto de movimientos de oposición al sistema. Se trata de algo bastante distinto de las luchas en Alemania y Corea, donde los dos lados nunca estuvieron en paz, sino sólo en tregua; es decir, para cada uno la paz era *faute de mieux*. Las guerras de liberación nacional, por el contrario, sólo tenían un aspecto: ninguno de los movimientos de liberación nacional deseaba una guerra contra Europa y América del Norte; que-

rían ser dejados en paz para seguir sus propios caminos. Europa y América del Norte, a su vez, no deseaban dejarlos en paz, hasta que finalmente fueron forzados a ello. Los movimientos de liberación nacional estaban, de ese modo, protestando contra los poderosos y lo hacían en nombre del cumplimiento de la agenda liberal de autodeterminación de las naciones y de desarrollo económico de los países subdesarrollados.

Esto nos lleva al tercer gran hecho de aquellos extraordinarios años 1945-1968: el triunfo de las fuerzas contrarias al sistema. Es sólo una aparente paradoja que el momento exacto del apogeo de la hegemonía de Estados Unidos en el sistema mundial, y de la legitimación global de la ideología liberal, fuera también el momento en que todos aquellos movimientos, cuyas estructuras y estrategias habían sido formadas en el periodo de 1848-1945 como movimientos contra el sistema, llegaban al poder. La llamada vieja izquierda, en sus tres variantes históricas –los comunistas, los socialdemócratas y los movimientos de liberación nacional–, llegó al poder estatal con cada una de sus variantes en zonas geográficas distintas. Los partidos de liberación nacional, en la mayor parte de Asia, de Africa y del Caribe (y sus equivalentes en gran parte de América Latina y del Oriente Medio) y los movimientos socialdemócratas (o sus equivalentes) habían llegado al poder, habiendo al menos alternativa de poder, en la mayoría de los países de Europa Occidental, América del Norte y Australasia. Japón fue tal vez la única excepción de este triunfo global de la vieja izquierda.

¿Fue en realidad un paradoja ese triunfo? ¿Habría sido ése el resultado de la fuerza irresistible del progreso social, el triunfo inevitable de las fuerzas populares? ¿O se trató de una asociación a gran escala de estas fuerzas? ¿Cómo distinguir intelectual y políticamente esas dos nociones? Estas eran las preguntas que empezaban a preocupar en los años sesenta. Si la expansión económica, con su beneficio evidente en la forma de vida en todo el mundo, la paz relativa en grandes áreas del mundo y el aparente triunfo de los movimientos populares llevaron a valoraciones positivas y optimistas del desarrollo mundial, una mirada más detenida sobre la situación real reveló sobre todo otras muy negativas.

El régimen de la guerra fría no amplió la libertad humana, sino que supuso una represión interna en todos los estados, justificada por la supuesta gravedad de las tensiones coreografiadas con todo detalle. En el mundo comunista hubo destierros, *gulags* y telones de acero. En el Tercer Mundo regímenes de un solo partido, con disidentes presos o exiliados. Y el macarthismo y sus equivalentes en otros países de la OCDE, aunque menos abiertamente brutales, fueron casi igual de eficaces para forzar la conformidad y destruir carreras cuando era necesario. El discurso público era permitido, en todas partes, solamente si se ajustaba a parámetros claramente definidos.

Además de eso, en términos materiales, el régimen de la guerra fría supuso una creciente desigualdad, tanto en el ámbito internacional como nacional. Y mientras los movimientos contra el sistema frecuentemente luchaban contra las viejas desigualdades, no temieron crear otras nuevas. Las *nomenklaturas* de los

regímenes comunistas tuvieron sus paralelos en el Tercer Mundo y en los regímenes socialdemócratas de los países de la OCDE.

Resulta también bastante claro que las desigualdades no se distribuyeron al azar: estaban relacionadas con ciertos grupos codificados en raza, religión o etnia, tanto mundialmente como en el interior de los estados. Se relacionaban también con grupos de género y de edad, así como demás características sociales. En resumen, había muchos grupos excluidos que, en su conjunto, representaban más de la mitad de la población mundial.

En consecuencia, fue la realización de antiguas esperanzas, que comenzaban a verse falsamente realizadas, lo que estuvo detrás de (y causó) la revolución mundial de 1968. Esta revolución se dirigió sobre todo contra el sistema histórico como un todo –contra los Estados Unidos como poder hegemónico del sistema y contra las estructuras económicas y militares que constituían los pilares del sistema. Pero la revolución estuvo dirigida también, si no más, contra los grupos contrarios al sistema cuya oposición se consideraba insuficiente: contra la URSS (en connivencia con su presunto enemigo ideológico, Estados Unidos); contra los sindicatos y otras organizaciones obreras, cuya acción se consideraba meramente economicista y defensora principalmente de los intereses de grupos específicos.

Mientras tanto, los defensores de las estructuras existentes denunciaban lo que juzgaban como el antirracionalismo de los revolucionarios de 1968. Pero, de hecho, la ideología liberal había probado su propio veneno. Habiendo insistido durante más de un siglo en que la función de las ciencias sociales era ampliar las fronteras del análisis racional (como requisito necesario para el reformismo racional), los liberales, sin embargo, obtuvieron grandes logros, como lo muestra Frederic Jameson: «Gran parte de la teoría o filosofía contemporáneas (...) ha implicado una prodigiosa expansión de lo que consideramos el comportamiento racional o significativo. Mi opinión es que especialmente después de la difusión del psicoanálisis, pero también con la gradual desaparición de la «alteridad» en un mundo más pequeño y en una sociedad impregnada por los *media*, muy poco puede aún ser considerado irracional en el viejo sentido de incomprendible (...). Si un concepto de razón tan amplio tiene aún algún valor normativo (...) es una cuestión distinta y también interesante».

Por lo tanto, si virtualmente todo se había vuelto racional, ¿qué legitimidad especial había aún en los paradigmas de las ciencias sociales establecidas, qué mérito especial había en los programas específicos de las élites dominantes? Y, más devastador aún, ¿qué capacidades específicas que no poseyesen las personas comunes podían ofrecer los especialistas? Los revolucionarios de 1968 identificaron esta laguna lógica en la armadura defensiva de los ideólogos liberales (y en su variante no tan distinta, la ideología marxista oficial), y la aprovecharon.

Como un movimiento político, la revolución mundial de 1968 no fue más que un fuego de paja: se inflamó ferozmente y luego, al cabo de tres años, se extin-



guió. Sus brasas, en forma de múltiples sectas pseudo-maoístas rivales, sobrevivieron cinco o diez años más, pero a finales de los años setenta todos esos grupos se habían convertido en oscuras notas al pie de la historia. No obstante, el impacto geocultural de 1968 fue decisivo, ya que marcó el final de una era, la era de la centralidad del liberalismo, no sólo como la ideología mundial dominante, sino como la única que podría pretender ser persistentemente racional y, con ello, estar científicamente legitimada. La revolución mundial de 1968 devolvió el liberalismo adonde había estado en el periodo 1815-1848, es decir, a su lugar como una estrategia política entre otras. Tanto el conservadurismo como el radicalismo/socialismo fueron, en ese sentido, liberados del campo de fuerza en el cual los mantuviera presos el liberalismo entre 1848 y 1968.

El proceso de degradación del liberalismo de su papel de norma geocultural a mero competidor en el mercado global se completó en las dos décadas posteriores a 1968. El esplendor material del periodo 1945-1968 desapareció durante el largo periodo Kondratieff-B que comenzó entonces. Esto no significa que todos sufrieran igualmente: los países del Tercer Mundo fueron en principio los más afectados. El incremento de la producción de petróleo de la OPEP fue el primer intento de limitar el daño. Una gran parte del excedente mundial fue orientado a los bancos de la OCDE por medio de los estados productores de petróleo. Tres grupos fueron los beneficiarios inmediatos: los estados productores de petróleo, que obtuvieron una renta; los estados, en el Tercer Mundo y en el mundo comunista, que recibieron préstamos de los bancos de la OCDE para restablecer sus balanzas de pago; y los estados de la OCDE que aún podían mantener las exportaciones. El segundo intento de limitar el daño fue el keynesianismo de Reagan, que alimentó el *boom* especulativo de los años ochenta en Estados Unidos. El colapso llegó a finales de los años ochenta, arrastrando a la URSS consigo. El tercer intento fue el de Japón, junto con los *tigres asiáticos* y con algunos estados vecinos, que consistió en beneficiarse del necesario e inevitable reparto de la producción en un periodo Kondratieff-B. Estamos siendo testigos, a principios de los años noventa, de los límites de ese esfuerzo.

El resultado final de veinticinco años de lucha económica fue una desilusión mundial con la promesa de desarrollo, una idea básica de las ofertas del liberalismo global. Sin duda, el Este y el Sudeste se han librado, hasta ahora, de este sentimiento de desilusión, aunque ello sólo sea una cuestión de tiempo. En otros lugares, no obstante, las consecuencias han sido mayores y particularmente negativas para la vieja izquierda, primero para los movimientos de liberación nacional, seguidos por los partidos comunistas (conduciendo al colapso de los regímenes comunistas del Este europeo en 1989), y finalmente para los partidos socialdemócratas. Ese colapso ha sido celebrado por los liberales como triunfo, pero significó en verdad su entierro, pues los liberales se encontraron de nuevo con la situación de una apremiada demanda de democracia, como antes de 1848, pero esta vez con mucho más que el simple paquete reducido de instituciones parlamentarias, sistemas multipartidistas y derechos civiles elementales; ahora, las demandas son de una genuina división igualitaria del poder. Esta última demanda ha sido históricamente el principal motivo de preocupación del liberalismo, frente al cual había ofrecido su paquete de compromisos limitados unidos

a un optimismo seductor acerca del futuro. En la medida en que hoy ya no existe una extensa fe en el reformismo racional por medio de la acción del Estado, el liberalismo ya no tiene su principal defensa político-cultural contra las clases peligrosas.

### **El colapso de la legitimidad**

Es así como llegamos a la era actual, que veo ya como parte del Periodo Negro que tenemos ante nosotros, iniciado simbólicamente en 1989 (la continuación de 1968) y que continuará por lo menos durante otros veinticinco o cincuenta años.

He subrayado aquí la defensa ideológica construida por las fuerzas dominantes contra las demandas planteadas insistentemente por las «clases peligrosas» desde 1789. He argumentado que esta defensa fue la ideología liberal y que operó tanto directa como (y hasta más) insidiosamente a través de la variante socialista/progresista, que había cambiado la esencia de las demandas contra el sistema por un sustituto de valor limitado. Finalmente, he argumentado que esta defensa ideológica fue ampliamente destruida por la revolución mundial de 1968, cuyo acto final fue el colapso de los comunismos en 1989.

¿Por qué cayó, sin embargo, tal defensa ideológica, después de ciento cincuenta años de funcionamiento eficaz? La respuesta a esta pregunta no reside en un posible *insight* por parte de los oprimidos acerca de la falsedad de las apelaciones ideológicas. La falacia liberal era conocida desde el principio, fue denunciada frecuentemente y con vigor durante todo el siglo XIX y el XX. A pesar de eso, los movimientos de tradición socialista no se orientaron por caminos coherentes con sus críticas retóricas al liberalismo, sino que la mayor parte de ellos hicieron todo lo contrario.

La razón para ello es clara. La base social de todos estos movimientos, que declaraban hablar en nombre de la mayoría de la humanidad, era de hecho una pequeña parte de la población mundial, el segmento menos favorecido del sector moderno de la economía mundial tal como estaba estructurada entre, digamos, 1750 y 1950. Ese segmento incluía a las clases trabajadoras especializadas y semiespecializadas, las *intelligentsias* mundiales y los grupos más capacitados y educados en aquellas áreas rurales donde el funcionamiento de la economía capitalista era más inmediatamente visible. El conjunto sumaba un número significativo pero que sin duda no llegaba a la mayoría de la población mundial.

La vieja izquierda fue un movimiento mundial sustentado por una minoría; una minoría poderosa, oprimida, pero aun así una minoría numérica en relación con la población mundial. Esta realidad demográfica limitó sus opciones políticas reales y en estas circunstancias hizo lo único que podía haber hecho: optó por ser un estímulo para acelerar el programa liberal de reformismo racional, y en tal sentido tuvo buenos resultados. Los beneficios alcanzados por sus protagonistas fueron reales, aunque parciales. Pero, como proclamaron los revolucio-

narios de 1968, mucha gente había quedado fuera de la ecuación. La vieja izquierda había hablado una lengua universalista, pero había practicado una política particularista.

La razón por la cual se rompió con esta ceguera ideológica del falso universalismo fue que la realidad social profunda había cambiado. La economía-mundo capitalista había perseguido la lógica de la incesante acumulación de capital de manera tan continua que estaba acercándose a su ideal teórico, es decir, la mercantilización de todo. Esto puede percibirse a través de las múltiples nuevas realidades sociológicas: la extensión de la mecanización del aparato productivo; la eliminación de barreras espaciales a cambio de mercancías e informaciones; la urbanización del mundo; el casi agotamiento del ecosistema; el alto grado de monetarización del proceso trabajo, y el consumismo, es decir, la mercantilización enormemente expandida del consumo.

Todos estos desarrollos son bien conocidos e incluso tema de continuas discusiones en los medios de comunicación mundiales. Pero si se considera el significado de ello desde el punto de vista de la infinita acumulación del capital, se encuentra sobre todo una enorme limitación en su tasa de acumulación, y las razones de ello son fundamentalmente sociopolíticas. Hay tres factores centrales, y el primero de ellos es conocido desde hace mucho por los analistas, pero su plena realización está siendo alcanzada sólo ahora: la urbanización del mundo y el incremento tanto de la educación como de los medios de comunicación han engendrado un grado de conciencia política mundial que tanto facilita la movilización política como torna difícil oscurecer el grado de disparidades socioeconómicas y el papel de los gobiernos en su mantenimiento. Tal conciencia política está reforzada por la deslegitimación de cualquier fuente irracional de autoridad. En otras palabras, más personas que nunca demandan la igualdad de ingresos y se niegan a tolerar una condición básica de la acumulación del capital, la baja remuneración del trabajo. Esto se manifiesta en el significado aumento, en todo el mundo, del nivel «histórico» de los salarios y de la bastante elevada, y aun creciente, demanda de redistribución del bienestar básico, particularmente de salud y educación, y de la garantía de una renta estable.

El segundo factor es el gran aumento del coste, para los Estados, del subsidio al lucro por medio de la construcción de infraestructura y por la externalización de los costes por parte de las empresas. A ello se refieren los periodistas como a una crisis ecológica, la crisis de los costes crecientes de la salud y de la investigación científica punta, etcétera. Los estados no pueden continuar ampliando los subsidios para las empresas privadas y, al mismo tiempo, ampliar sus compromisos con respecto al bienestar del conjunto de los ciudadanos. Uno de los dos lados tendrá que ceder en una medida considerable. Con una ciudadanía más consciente, esta lucha esencialmente de clases promete ser impresionante.

El tercer factor resulta del hecho de que la conciencia política se ha vuelto mundial. Las disparidades en los niveles global y nacional son raciales, étnicas y religiosas. Con ello, el resultado combinado de la conciencia política y de la cri-

sis fiscal de los estados será una lucha a gran escala, que tomará la forma de una guerra civil en ambos niveles.

Las múltiples tensiones tendrán como primera víctima a la legitimidad de las estructuras estatales y, en consecuencia, la capacidad que tienen de asegurar el mantenimiento del orden. Al perder esa capacidad, surgen costes económicos, así como costes de seguridad, los cuales volverán las presiones cada vez más intensas, lo que a su vez debilitará cada vez más la legitimidad de las estructuras estatales. Esto no es el futuro, sino el presente, y podemos percibirlo en el sentido de inseguridad enormemente intensificado —en la preocupación por los crímenes, por la violencia, por la imposibilidad de la garantía de justicia a través de los sistemas judiciales, en la preocupación por la brutalidad de las fuerzas políticas—, y que han adoptado diversas formas en los últimos diez o quince años. No estoy afirmando que estos fenómenos sean nuevos, o incluso que estén mucho más extendidos que antes. Pero son percibidos como nuevos o peores por la mayoría de las personas, y sin duda están más extendidos. El principal resultado de tales percepciones es la deslegitimación de las estructuras estatales.

Este tipo de desorden creciente, que se alimenta a sí mismo, no puede continuar indefinidamente, pero puede durar de veinticinco a cincuenta años. Se trata de una forma de caos en el sistema, causada por el agotamiento de sus válvulas de seguridad o, en otras palabras, por el hecho de que sus contradicciones han llegado a un punto en el cual ninguno de los mecanismos de restauración de su funcionamiento normal puede seguir actuando con eficacia.

### **Nuevos frentes de lucha**

Pero del caos surgirá un nuevo orden, y esta noción nos remite al último tema: las opciones que tenemos frente a nosotros, ahora y en lo sucesivo. Siendo éste un tiempo de caos, no significa que durante los próximos veinticinco o cincuenta años no veremos en acción los procesos básicos de la economía-mundo capitalista. Las personas y las empresas continuarán buscando la acumulación de capital de todas las maneras conocidas; los capitalistas buscaron el apoyo de las estructuras estatales como hicieron en el pasado y los estados competirán entre sí por ser los principales centros de acumulación de capital. La economía-mundo capitalista entrará probablemente en un nuevo periodo de expansión, y acabará por mercantilizar los procesos económicos en todo el mundo, polarizando aún más la distribución efectiva de beneficios.

Lo que será diferente en los próximos veinticinco o cincuenta años serán no tanto las operaciones del mercado mundial sino las operaciones de las estructuras políticas y culturales mundiales. Básicamente, los Estados perderán continuamente su legitimidad, y con ello encontrarán dificultades para garantizar una seguridad mínima, internamente o entre sí. En la escena geocultural no habrá discurso dominante común y serán debatidas incluso las formas de debate cultural y político. Habrá poco acuerdo en torno a lo que constituye el comportamiento racional o aceptable. Esta confusión no significa, no obstante, la desaparición

del comportamiento racional. Habrá grupos que busquen alcanzar objetivos claros y limitados, pero muchos de estos objetivos estarán en conflicto directo e intenso. Y podrá haber algunos grupos que propongan conceptos a largo plazo para la construcción de un orden social alternativo, aunque su claridad subjetiva tenga una forma aún pobre, con ninguna probabilidad objetiva de que tales conceptos sean en realidad guías heurísticas útiles para la acción. Es decir, todos estarán actuando algo ciegamente, aunque sin saberlo.

Estamos, no obstante, condenados a actuar. En consecuencia, la primera necesidad que tenemos es la de crear claridad en cuanto a lo que ha sido deficiente en nuestro sistema mundial moderno, y que ha vuelto tan grande el porcentaje de la población mundial insatisfecha o, al menos, ambivalente, en cuanto a sus méritos sociales. Me parece bastante claro que la principal reclamación se ha hecho con respecto a la gran desigualdad del sistema, lo que significa ausencia de democracia. Esto ha sido sin duda cierto para, virtualmente, los principales sistemas históricos conocidos, pero lo que distingue al capitalismo es el hecho de que su gran éxito en cuanto creador de producción material parece haber eliminado todas las justificaciones de las desigualdades, tratándose de sus manifestaciones materiales, políticas o sociales. Las desigualdades se revelaron peores, no porque hubiesen aislado sólo a un pequeño grupo de todo el resto, sino por haber segregado alrededor de una quinta o una séptima parte de la población mundial. Son estos dos hechos —el crecimiento del total de la riqueza material y el hecho de que no sólo un puñado de personas sino seguramente menos de la mayoría de ellas hasta ahora pueda vivir bien— los que han exasperado tanto a los que han sido excluidos.

No podremos contribuir con una solución a ese caos, a menos que dejemos claro que sólo es deseable un sistema histórico relativamente igualitario y plenamente democrático. Concretamente, debemos actuar de manera inmediata en varios frentes. Uno de ellos es en la eliminación activa de las pretensiones de eurocentrismo que han impregnado la geocultura durante por los menos dos siglos. Los europeos han hecho grandes contribuciones culturales a la empresa humana común, pero no es verdad que, durante más de diez mil años, sus contribuciones hayan sido mayores que las de otros centros de civilización, y no hay razón para suponer que los múltiples centros de sabiduría colectiva sean menos numerosos en el milenio por venir. La sustitución activa del habitual sesgo eurocéntrico por un sentido histórico y valoraciones culturales más sobrias y equilibradas requerirá una lucha política y cultural aguda y constante, que no pide nuevos fanatismos sino un intenso trabajo intelectual, colectivo e individual.

Necesitamos, además, tomar el concepto de derechos humanos y trabajar duro para volverlo igualmente aplicable a nosotros y a ellos, al ciudadano y al extranjero. El derecho de las comunidades a la protección de su patrimonio cultural no debe confundirse nunca con el derecho de protección de sus privilegios. Uno de los principales campos de batalla será el de los derechos de los inmigrantes. Si, de hecho, como anticipación de los próximos veinticinco a cincuenta años, gran parte de las minorías residentes en América del Norte, Europa y hasta Japón, será de inmigrantes o hijos de inmigrantes (haya sido esa inmigra-

ción legal o no), todos nosotros tendremos entonces que luchar para asegurar a estos inmigrantes un acceso verdaderamente igualitario a los derechos económicos, sociales y también políticos en la región hacia la cual han emigrado.

Sé que habrá una enorme resistencia política a esto basada en la pureza cultural y en los derechos de propiedad adquiridos. Los gobernantes del Norte ya están argumentando que no pueden asumir la carga económica de todo el mundo. ¿Y por qué no? La riqueza del Norte ha sido en gran parte el resultado de una transferencia de plusvalía del Sur y es justamente este hecho el que, durante siglos, nos ha conducido a la crisis del sistema. No se trata de una cuestión de caridad, sino de reconstrucción racional.

Esas batallas serán políticas, pero no se darán necesariamente en el plano del Estado. Precisamente en razón del proceso de deslegitimación de los estados, muchas de esas batallas (tal vez la mayoría de ellas) proseguirán en niveles más locales, entre los grupos a través de los cuales nos estamos reorganizando. Y una vez que las batallas entre múltiples grupos sean locales y complejas, será esencial una estrategia de alianzas compleja y flexible, pero que será funcional sólo si mantenemos claros nuestros objetivos igualitarios.

Finalmente la lucha será intelectual, en la reconceptualización de nuestros cánones científicos, en la búsqueda de metodologías más totalizadoras y sofisticadas, en el esfuerzo por librarnos del piadoso y falaz discurso sobre la neutralidad de los valores del pensamiento científico. La racionalidad es ella misma un juicio de valor, si en realidad es algo, y nada es o puede ser racional excepto en el más comprehensivo contexto de organización social humana.

Se puede pensar que el programa que he esbozado de acción social y política consecuente para los próximos veinticinco a cincuenta años es demasiado vago. Pero es todo lo concreto que puede ser en el centro de un remolino. Primero aclare hacia qué lado quiere usted nadar; luego asegúrese de que sus esfuerzos inmediatos parecen moverse en esa dirección. Si desea mayor precisión que ésta, no la encontrará y acabará ahogándose mientras la busca.

*Conferencia pronunciada en el 25º aniversario de la fundación  
de la Kyoho Seika University, 1993.  
Traducción de Mario Merlino*